

YO NUNCA MIENTO

A.P. Bolívar



alabuenas

El autor quiere expresar su gratitud hacia lectores como tú, que tienes el libro entre las manos.

Primera edición, diciembre de 2023

No cometas la imprudencia de hacer uso de este texto fuera de la ética que todos tenemos en mente y nos esforzamos por mantener y entregar al mundo. Gracias.

Derechos reservados de la obra, A.P.Bolívar

Derechos reservados del diseño de la colección, Joe Llorente

Publicado por Alasbuenas, A.S.L

Santander

España

www.alasbuenas.es

ISBN: 978-84-09-56465-1

Depósito legal: SA-694-2023

Impreso en los talleres de Estugraf Impresores S.L

Este libro es fruto de un cultivo de idealismo que nos caracteriza.
No sabemos si es sostenible, pero sí es otra manera de cambiar el devenir de las cosas

Aunque sin duda lo único que se me ocurre es que si tantas cosas parecen existir tan solo en mi cabeza, una vez me siento aquí, acaban por existir también sobre estas páginas.

DAVID MARKSON, *La amante de Wittgenstein*

MI TÍA Angelita sufrió un ictus, un infarto cerebral que le dejó paralizado el brazo derecho y una menor disposición para expresarse y nombrar los objetos cotidianos, eso que los especialistas denominan como anomia, un trastorno del lenguaje caracterizado por la incapacidad o la dificultad de reconocer los nombres de las cosas. Cuando Angelita despertó del coma, el médico nos explicó —a mi madre y a mí— que se había producido una lesión en el hemisferio izquierdo como consecuencia del trombo que obstruyó el vaso sanguíneo en el cerebro. Las secuelas podrían ser múltiples. «Además de la pérdida de fuerza y destreza en la mitad superior del cuerpo, la lesión podría provocar también un trastorno en el lenguaje. En algunos casos predominan los problemas de comprensión, y en otros, los de expresión», nos dijo el médico unos días más tarde

en la consulta. «Por otra parte», continuó, «no sabemos cómo evolucionará la paciente con su discapacidad». «La paciente», dijo mi madre, «se llama Ángeles. Y su discapacidad no tiene por qué influir en el diagnóstico». Mi madre habló con voz pausada y segura. En un tono demasiado alto, quizá, para aquel pequeño despacho de paredes blancas y desnudas, iluminado por dos paneles rectangulares de neón, en el que las voces resonaban como en una gran caja hueca. El médico, un hombre joven y grueso, con poblada barba e incipiente calvicie, incómodo por las palabras de mi madre, se retrepó en la silla y se inclinó hacia adelante. Carraspeó, apoyó el puño bajo la barbilla y habló con un tono monocorde, como si se viera obligado a continuar con las explicaciones. En su opinión era muy importante saber cómo identificar otro posible episodio, otro ictus, para poder actuar lo más rápido posible. La clave estaba en llegar al hospital cuanto antes. Nos habló entonces del método FAST. «Algo tan sencillo como pedirle al paciente que mueva un brazo, que sonría y que nos hable». «Sencillísimo», dijo

mi madre con un deje de ironía. Sin reparar en el comentario, el médico continuó con sus consejos. Dosificaba las palabras y alargaba los silencios detrás de cada frase, como si temiera incomodar a mi madre o esperara su consentimiento. En uno de aquellos silencios de falsa expectación se oyó el prolongado zumbido del ventilador del aire acondicionado. Un vientecillo suave y fresco penetró en el despacho por una rendija larga y estrecha, cubierta con lamas metálicas, y agitó el cuerpo de mi madre. «¿Tiene usted frío?», dijo el médico. «¿Quiere que baje el aire acondicionado?». «No», dijo ella. «Estoy perfectamente. No es el aire lo que me desagrade». Mi madre nunca perdía las formas ni la compostura en público, aunque algo la irritara o la molestara en exceso. Únicamente se permitía algún que otro desahogo en el cuarto de baño o en la cocina, a puerta cerrada y en la intimidad de su casa. Eran los restos de una educación en la que las emociones se contenían o solo se mostraban en el ámbito privado. Todo lo que excediera ese círculo cercano y familiar era considerado de mal gusto o de

mala educación. Por eso me sorprendió tanto su salida de tono. Más tarde, en el aparcamiento exterior, mientras yo doblaba en dos el informe médico y lo colocaba en la guantera del coche, mi madre me dijo que aquel médico no le gustaba. «¿Por qué dices eso, mamá?». «Porque habla de Angelita como si la conociera», dijo, «y no tiene ni idea de quién es».

¿QUIÉN era Angelita? ¿Quién dirá jamás cómo era, qué pensaba o cómo vivió Angelita? Toda biografía es un sistema de conjeturas, una aproximación inexacta o incompleta a la historia de la vida de una persona. Podríamos decir que Angelita era la hija de mi abuelo y de mi abuela, la hermana de mi madre y la cuñada de mi padre. Podríamos decir que Angelita era mi tía y, también, que estaba emparentada con otros vecinos del pueblo. Podríamos decir, en fin, que Angelita vivió en la casa del pueblo, la casa que construyó mi abuelo en unas tierras heredadas por mi abuela de su padre, y que la casa del pueblo era alta y estaba rodeada por una cerca de hierro, y que se accedía a ella por unas empinadas escaleras de cemento, y que tenía un porche, un emparrado y un huerto y unos árboles frutales en la parte posterior de la parcela, sobre un

rellano de tierra, y que Angelita cuidaba de los árboles frutales con celo y con ternura, como una madre cuida de sus criaturas, y que regaba los árboles cada semana y les quitaba las malas hierbas y que se proveía de unos trocitos de espejos y unos lazos de colores y los colgaba de sus ramas con el fin de espantar a los pájaros. Podríamos decir muchas más cosas de Angelita. Infinidad de ellas. Como por ejemplo que a Angelita le gustaba hablar sola y hacer gestos con las manos cuando estaba excitada o contenta, o que a la gente le gustaba estar cerca de Angelita porque siempre parecía alegre y feliz, o que Angelita era una persona sociable y de carácter abierto, locuaz y afectuosa, aunque a veces se enfurruñaba. Porque —incluso diciendo tantas cosas de Angelita— a menudo se nos olvidaba decir que Angelita no soportaba que la trataran como si fuera una niña, como si tuviera cinco o seis años. Deberíamos decir, entonces, que Angelita sabía que era diferente —un poco más lenta que los demás—, pero que no aguantaba que la infantilizaran. Angelita era una mujer adulta y, no obstante, su padre, mi abuelo,

decía que Angelita era como un rayo de sol en verano; su madre, mi abuela, decía que era como un gorrión en primavera; su hermana, mi madre, decía que era como un fuego en invierno, y su cuñado, mi padre, decía que era como un manto de hojas secas en otoño. Eso decían ellos de Angelita, como si su piel mudara según la luz que reflejaba. ¿Y yo?, ¿yo qué decía de Angelita? Yo decía: quién dirá jamás cómo era Angelita en realidad, qué pensaba o cómo vivió. Toda biografía es un sistema de conjeturas. Toda estimación crítica, una apuesta contra el tiempo. Los sistemas son sustituibles y las apuestas suelen perderse.

ME APOSTÉ con mi madre un café o una cerveza a que no tendríamos que regresar a la consulta de aquel médico, y perdí la apuesta. Visitamos la consulta en dos o tres ocasiones más aquel verano. La última vez acompañados por Angelita en silla de ruedas. Nada grave. Había perdido el equilibrio al sentarse en una silla en la terraza de un bar, en el pueblo, y se había torcido un tobillo. El especialista solicitó unas radiografías para descartar fracturas en los huesos del pie o de la cadera, evaluó las nuevas secuelas que habían aparecido tras el ictus —la dificultad para abrir la mano y la pérdida de flexibilidad en el codo— y le ajustó el tratamiento. Después le recetó un medicamento para prevenir posibles complicaciones, otro para la artritis y un analgésico para el dolor. Y le prescribió también un tratamiento de rehabilitación y unas

sesiones —dos o tres veces por semana— con una logopeda. Nos recomendó ponernos en contacto con el trabajador social de nuestra zona. Él nos solventaría las dudas que tuviéramos, nos ayudaría con los trámites administrativos y nos presentaría al fisioterapeuta y a la logopeda. Al abandonar la consulta del médico mi madre no quiso dejar sola a Angelita en el viaje de vuelta al pueblo. Ella la acompañaría en la ambulancia y yo las seguiría en el coche. Las vi partir desde la salida de urgencias, flanqueadas por el celador y por el conductor de la ambulancia. Parecían dos niñas huérfanas. Pequeñas, frágiles y desamparadas entre aquellos dos hombres —uno alto y fornido, el otro, más alto pero menos fornido— que hablaban, indiferentes y ajenos a ellas, de fútbol y de los nuevos fichajes de la temporada. El celador manejaba la silla de ruedas con pericia, sin esfuerzo, como si trasportara una pluma o las ruedas estuvieran conectadas a un motor. De vez en cuando se detenía y les preguntaba si iba demasiado rápido o si se fatigaban mucho, y sin dilación continuaba caminando y char-

lando de fútbol con el conductor de la ambulancia. No esperaba, siquiera, una respuesta. Me despedí de mi madre y de mi tía alzando la mano, pero no me vieron. Rodeé el ala de urgencias y el bloque de consultas del hospital y caminé hacia el aparcamiento exterior. Recuerdo la tarde: finales de julio, calor intenso, seco e implacable, y el asfalto derriéndose bajo la suela de mis zapatillas deportivas. La sensación de finitud y de hastío me embargó. Me pregunté si eso sería todo, si así terminaríamos todos, en el desasosiego y la ignorancia más absoluta. El cielo estaba limpio y azul y los rayos del sol reverberaban contra la cubierta metálica del edificio. La luz era blanca y cegadora. Caminaba despacio porque tenía que parar cada pocos metros, cerrar los párpados un instante y alzar la mano a modo de visera para continuar. Llegué al aparcamiento sudoroso y cansado, pero localicé enseguida el coche. Unas líneas gruesas y blancas delimitaban las plazas vacías del aparcamiento, y una hilera de árboles, jóvenes y raquíticos, languidecía a la intemperie. No había más de tres o cuatro coches

aparcados. Parecían abandonados, desahuciados, como hitos en el desierto indicando una improbable salida. Subí al coche, lo arranqué y antes de moverme bajé las ventanillas y encendí el aire acondicionado. Dicen que abrir las ventanillas durante los tres primeros minutos de uso del aire acondicionado ahorra energía y problemas para la salud. Seguí el consejo y durante esos tres minutos que no contabilicé, mientras me secaba el sudor de la frente con un pañuelo de papel, me pregunté qué hacía allí. Me sentía desubicado y aturdido, como si de repente hubiera despertado en medio de una ciudad invisible o en un lugar imaginario. La carretera del hospital conducía a una circunvalación que conectaba con una zona comercial, con un polígono industrial y con las diferentes entradas a la ciudad. A uno o dos kilómetros de distancia, pasados los polígonos industriales, una vía de servicio enlazaba con la A5. Pisé el embrague, metí la marcha y abandoné el aparcamiento. Si aceleraba podría alcanzar a mi madre y a mi tía antes de que llegaran al pueblo.